

El Eco de Cartagena.

Año XXVI.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7336

Preios de suscripción.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 7 50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11 25 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsal en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Loratte, 51 bis rue Saint-Anne

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

SABADO 24 DE ABRIL 1886.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

ECOS DE MADRID.

23 de Abril de 1886

El Domingo por la tarde, cuando los periódicos lanzaron á los vientos de la publicidad, los números extraordinarios refiriendo los pormenores del atentado de que había sido víctima el obispo de Madrid, no podían atender á los pedidos los ambulantes vendedores.

De ventanillas y balcones salían voces que por lo regular no se amoldaban á las prescripciones del diapason normal.

— ¡Hico... aquí!
— Aquí prime...!
— Sube al segundol
— Espera que ya bajol

Y esto pasaba en todas partes, lo mismo en los barrios bajos que en los altos, el elegante caballero y la pulida dama hacían la competencia á los cocheros y mozos de cuerda, á las maritornes y á las vendedoras de las p azuelas.

Hasta los pobres en vez de pedir un centimito ó un bono, se acercaban á los que llevaban en la mano el periódico y decían:

— Deme V. el extraordinario, caballero... demelo V. por el amor de Dios.

Por supuesto que los mendigos no formulaban esta súplica para satisfacer su curiosidad. Apenas recibían de la caridad la hoja de papel impresa la vendían con prima.

Vendedores y pobres realizaban buenas ganancias. Los primeros y los últimos extraordinarios se cotizaban á 15, 20 y 25 céntimos.

Es indescriptible el espectáculo que ofrecía Madrid. En todos los rostros se notaba una animación, una agitación extraordinarias. Había numerosos grupos en las calles, en las tiendas, en los cafés, en los tranvías, en las casas, en todas partes se hablaba de lo mismo. Los que ni aun de vista se conocían conversaban como si fueran antiguos amigos. El que arrojaba al fondo común de la conversación algún detalle, alguna idea, algún comentario, era escuchado con vivo interés y objeto en ocasiones de la más respetuosa admiración.

— Que horror!
— Que sacrilegio!
— Digo... y nada menos que en un Domingo de Ramos.
— Y ser el asesino un eclesiástico!
— El mundo está perdido!
— Aquí no hay ley, ni Dios!
— Miren ustedes el taimado cura y que bien se arregló para acometer al Obispo!

— Dicen que apenas le vió bajarse del coche sacó el revolver y pum! le descerrajó dos tiros.

— No señor que fueron tres.

— Tres fueron en efecto... yo los ví.

Usted? exclamaban los circustantes fijando escrutadoras miradas en el que acababa de hacer la afirmación.

— Si yo... y acto continuo se oyeron gritos, hubo carreras.

— Cuéntemelo V. á mí que por poco me estrojan.

— A usted? añaden mirando al interlocutor con mayor interés y curiosidad.

— De modo que se hallaba V. cerca?

— En la mismísima escalinata del templo.

— Ah! luego lo vería V.?

— Todo lo ví por mi desdicha.

— Cuente V! cuente V!

El grupo se estrechaba, todos se imponían silencio no queriendo perder ni una sola sílaba y el orador se hacía el interesante.

— Pues sí yo lo ví todo... Apenas se bajó el prelado del coche subió la escalinata, llegó al atrio y un sacerdote se acercó á él... el obispo creyó sin duda alguna que desaba besarle el anillo y alargó la mano... en aquel instante se oyó una detonación y luego otra y otra y hubo gritos, confusión... no es posible pintar lo que allí hubo. «Han asesinado al Obispo» decían. «Y ha sido un eclesiástico.» «Le ha querido besar pero se lo han impedido.» «Arrastárlenle» vociferaban hombres y mujeres. Varias señoras se desmayaron. Las puertas de la iglesia se cerraron. Yo sin saber como ni por qué me hallé de pronto en la plaza de la Cebada! Aquello fué... la mar!

Los pormenores de los periódicos se comentaban.

Los que querían llamar la atención, siquiera fuese por breves momentos no tenían más que hacer que inventar un nuevo detalle.

— El cura es andaluz.

— Dicen que le habían recogido las licencias!

— Pues si es así, con lo que ha hecho, ha demostrado que merecía ese castigo.

— Dicen que era un vicioso!

— No lo crean Vdes... lo que tenía es malas pulgas.

— Está loco!

— Si, loco, por supuesto!

— Vivía en la calle Mayor y ¡que coincidencia! al ladito de la casa que habitó el cura Merino.

— La soberbia le ha surgido al criminal.

— No tal, que ha sido la falta de recursos.

— Cuentan que él era el que escribía en un periódico unas cartas murmurando del clero, que han sido muy leídas.

— No es verdad, lo que ha hecho ha sido llevar á varios periódicos co-

pa de su correspondencia con el prelado!

En fin, emplearía muchas cuartillas si hubiera de reproducir las conversaciones á que el fatal suceso ha dado lugar; y como los periódicos han referido minuciosamente cuanto se relaciona con esta dolorosa página de la historia humana, basta con el bosquejo que he ofrecido para venir á parar á esta triste observación: un loco hace ciento! La fiebre de la venganza ha enjendrado la fiebre de la curiosidad. Se ha hablado más que se ha sentido; y eso que se ha sentido mucho.

Pero las emociones del día son como la electricidad, rápidas y mudables.

Nos hemos horrorizado, hemos volado con la imaginación desde el lecho en donde agonizaba el virtuoso prelado, hasta la celda en donde estaba detenido el desdichado criminal, hemos oído al mismo tiempo la respiración dolorosa del moribundo y las palpitaciones agitadas del reo, hemos leído con vehemente interés la biografía del sacerdote que nacido en humilde condición se eleva á la silla episcopal por su talento y sus virtudes y la del sacerdote que desciende al banquillo de los acusados por su carácter díscolo, su indomable soberbia y la perversión de su inteligencia. Compadecidos ó horrorizados, ánte la virtud ó la maldad, ánte el dolor ó el cinismo, en el lecho mortuario, ó en la celda de la cárcel, á todos los sentimientos ha dominado uno: la curiosidad—Ayer asistió Madrid al entierro de la víctima... mañana asistirá al castigo del verdugo. ¿Que hay en todo esto á los ojos de la generalidad?—Un acontecimiento extraordinario!

¿Que debería haber? Un elocuente enseñanzal

Porque ¿que hay en el fondo de este espantoso y sacrilego crimen?

— Me están formando un lecho de espinas? decía el prelado á sus amigos de Salamanca, cuando se trataba de conferirle el Obispado de Madrid.

— En mi nueva misión, dijo á sus amigos de la corte, no tengo más remedio que morir ó condenarme.

Después de llorar al mártir y de compadecer el extravío del criminal, hé aquí el verdadero asunto de la meditación.

¿Como estaria la disciplina eclesiástica en la primera capital de España, cuando el santo varón llamado á restablecerla, pensaba del modo que he recordado á los lectores?

Los políticos, la sociedad debían fijarse en las proféticas palabras del mártir de su deber.

Pero ay! hoy y mañana hay que llenar las prácticas religiosas, hay que visitar los templos, hay que asistir á la procesión, las campanas callan

no pueden recordarnos que el prelado ha preferido morir á condenarse.

Después... vendrá la Pascua florida, y la primera corrida de toros, y luego la apertura de las cortes, y luego... seguirá siendo lo mismo la humanidad!

¡Como ha de ser!

JULIO NOMBELA.

EL CÓLERA EN ITALIA.

—o—

Durante las últimas veinticuatro horas han ocurrido en Brindis seis casos de cólera y dos defunciones, segun las noticias oficiales.

La epidemia se va corriendo hacia el Norte.

Hoy se anuncia que han ocurrido casos aislados en Latriano, Archie, Oria y Ostuni, poblaciones todas ellas no lejanas de Brindis.

Además, se han descubierto tres casos sospechosos en Milán. Los tres casos han ocurrido en individuos de una familia recién llegada de Padua.

La alarma y la consternación en toda Italia son intensas.

LA VACUNA FERRAN.

—o—

Ha vuelto á reunirse el Consejo de Sanidad del reino á fin de ocuparse en si debía ó no darse autorización al doctor Ferrán para usar de su vacuna anticólerica.

Después de animada discusión, seis de los doce consejeros que asistían votaron contra la autorización de vacunar; fundados en que los dictámenes científicos no daban un criterio fijo ni bastantes garantías á la administración. Otros seis consejeros votaron en pró y porque se autorizase la vacuna del doctor Ferrán.

Hubo, pues, empate, y decidió el voto del presidente, Sr. Alonso Rubio en pró de la autorización para que se practique la vacuna anticólerica.

En el acto el Sr. Sanchez Molero presentó un voto particular, que será discutido en sesiones posteriores.

DESASTRES DE LOS INGLESES.

—o—

La expedición inglesa enviada á Birmania contra la tribu de Kachyen se ha visto obligada á retirarse ante la enorme superioridad de las fuerzas de los rebeldes.

En un encuentro habido entre los ingleses y los rebeldes éstos han atacado con un empuje que todo lo arrollaba y tomaron por asalto una batería de montaña.

Se están disponiendo á salir de Mandalay grandes refuerzos.

Al mismo tiempo que estas noticias, que han producido bastante impresión, ha llegado otro telegrama, anunciando que la guarnición de la estación de Meegundet Ponca ha sido sorprendida por los rebeldes, que después de atar á los oficiales y